

Hans-Georg Gadamer, “Apología del Arte de curar” en *El estado oculto de la salud*

Jorge E. Figueroa B.
28 de septiembre de 2015

*Es tarea de la hermenéutica elucidar el milagro de la comprensión,
que no es una comunión misteriosa de las almas,
sino una participación en el significado común.
...El objetivo de todo entendimiento y toda
comprensión es el acuerdo en la cosa.¹*

Gadamer

En este sentido, adquiere validez lo que sugiere Platón: que el médico, como el verdadero orador, debe ver la totalidad de la naturaleza. Así como el orador debe encontrar, por medio de una auténtica comprensión, la palabra adecuada para orientar al otro, el médico, si quiere ser un verdadero médico, también debe ver más allá de lo que constituye el objeto inmediato de su saber y de su habilidad. Por eso, su situación ocupa un punto intermedio – difícil de mantener– entre un profesionalismo desligado de lo humano y una apuesta personal por lo humano. Para mantener su situación como médico, necesita confianza y, al mismo tiempo, necesita saber limitar su poder como profesional. Debe poder ver más allá del «caso» a tratar, para captar al hombre en la totalidad de su situación vital. También debe incluir en sus reflexiones su propia acción y los efectos que ésta produce en el paciente, puesto que tiene que evitar que el paciente dependa de él, así como tampoco debe prescribir –sin necesidad– condiciones de vida («dieta») que impidan la recuperación del equilibrio vital por parte de éste.²

Gadamer

¹ Gadamer, *Verdad y método II*, “Sobre el círculo de la comprensión” (1959), Sígueme, Salamanca 2004, 64. En adelante VM.

² Gadamer, “Apología del arte de curar” en *El estado oculto de la salud*, Gedisa, Barcelona 2011, 45-57, 56s. En adelante, AAC.

La práctica médica griega más antigua se atribuye a los sacerdotes. La mitología enseña que fue el centauro Quirón, hijo de Cronos, diestro en la medicina y en otras diversas artes quién enseñó a los hombres el arte de curar. Quirón tuvo por discípulo a Esculapio (Asclepio), que fue divinizado, la tradición lo llamará «médico» y «salvador», y tenía por símbolo la serpiente. Los antiguos griegos le dedicaron templos, ritos y cultos. Los enfermos eran llevados a los templos y «curados» a través de prácticas o ritos mágico-religiosos ejercidos por los sacerdotes curadores de Esculapio. Con el tiempo, al lado de los sacerdotes de Asclepio comenzaron a aparecer médicos «laicos», que se distinguían de los primeros por su preparación específica. Para la formación de estos médicos, al lado de los templos de Esculapio, surgieron escuelas donde iban los enfermos. Por estos antecedentes, durante mucho tiempo se utilizó el nombre de «Asclepiádes» para denominar no solo a los sacerdotes de Asclepio, sino a todo aquel que practicaba el arte de curar. Las escuelas médicas más famosas de la Antigüedad surgieron en Crotona (Alcmeón, miembro de la secta de los pitagóricos), en Cirene, en Rodas y en Cos. Es precisamente en Cos donde la medicina logra elevarse al más alto nivel, gracias a los méritos particulares de Hipócrates quién aprovechando las experiencias de las anteriores generaciones de médicos supo otorgar a la medicina el estatuto de ciencia, esto es, de conocimiento científico autónomo.³

Lo dicho hasta ahora nos sirve para no perder de vista que la *techné iatriké* no nació de las prácticas de los sacerdotes Asclepiádes sanadores. Sino de las investigaciones y de la experiencia de los médicos de estas escuelas de medicina anexas a los templos. Estos médicos paulatinamente fueron distanciándose de aquellos sacerdotes y curanderos hasta romper decididamente todo vínculo con ellos. Por eso, podemos decir, –al preguntarnos ¿a quién en primer término se dirige Gadamer en esta segunda conferencia?– que: así como Hipócrates, el héroe fundador de la medicina científica, defendió y rescató la *techné iatriké*, del poder de la visión teúrgica de los hechizos y conjuros ancestrales, aquí, el hermeneuta germano, defiende y

³ Cf., Reale, Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, I, capítulo V, 107-118, Herder, Barcelona 1988.

reivindica la *techné iatriké*, de los actuales «profesionales de la salud» que, además y equivocadamente, dicen ejercer el «arte de curar» y producir la salud por medio de su arte.

Para Gadamer, “la regla hermenéutica de que el todo debe entenderse desde lo individual, y lo individual desde el todo, procede de la retórica antigua y ha pasado, a través de la hermenéutica moderna, del arte de hablar al arte de comprender”.⁴ Pero, ¿qué significa comprender? Para la hermenéutica gadameriana “comprender significa primariamente saber a qué atenerse sobre «la cosa», y sólo secundariamente aislar y comprender la opinión del otro como tal. La primera de todas las condiciones hermenéuticas es, pues, la comprensión real, el habérselas con la cosa misma.”⁵

Así entonces, la «regla hermenéutica» de la técnica de indagación y el descubrimiento del verdadero y único arte de curar, no es la técnica de la moderna ciencia médica, sino la comprensión, y no solo en la palabra, también en la escritura.

Antecedentes hipocráticos de comprensión sobre el arte de curar los encontramos en el bello ejemplo del manejo de la sierra tronzadora por dos operarios. “Cuando uno tira de uno de los extremos de la sierra, el que empuña el otro se deja arrastrar, y el perfecto manejo del instrumento configura un círculo gúestáltico (*Weizsaecker*) en el cual los movimientos de ambos aserradores se funden en un único flujo rítmico.”⁶ El juego de equilibrio entre ambos operadores en acuerdo de voluntades adapta el impulso cinético para que el de uno empiece justamente cuando ha cesado el del otro. “Fue mérito del neurólogo Viktor Weizsäcker el haber estudiado experimentalmente los fenómenos de este tipo y haberlos analizado en su obra *Der Gestaltkreis* (El círculo gúestáltico).”⁷

⁴ Gadamer, VM II, “Sobre el círculo de la comprensión” (1959), 63.

⁵ Gadamer, VM II, “Sobre el círculo de la comprensión”, 68.

⁶ Gadamer, AAC, 52.

⁷ Gadamer, VM II, “Sobre el círculo de la comprensión”, 128. Círculo de la Forma (*Gestaltkreis*) es una terapia analítica y refiere a la unidad funcional completa y cerrada de percepción y movimiento. Viktor von Weizsäcker, (1886-1957) Neurólogo e internista alemán, considerado uno de los fundadores de la Medicina Antropológica. Gadamer reconoce que el pensamiento del psiquiatra

Tanto en el ejercicio del tronzar a cuatro manos como en el de la terapia holística del arte médica, no se lleva a cabo una lucha de fuerzas; es una «experiencia de balance» que se repite cada vez que se reestablece un equilibrio alterado. Aquí, el saber y capacidad del médico “se subordinan por completo al curso natural, a procurar reestablecerlo allí donde se ha visto perturbado, y a hacerlo en forma tal que su acción desaparezca dentro del equilibrio natural de la salud.”⁸ El médico no puede conservar el objeto de su obra de arte, simplemente porque no es una obra de arte cualquiera, es la salud, la cual, además, nunca le ha pertenecido. En la recuperación del equilibrio de la salud del enfermo el médico vive algo así como una experiencia de rechazo por ese «poder volver a producir lo que ha sido producido» que se mantiene por sí mismo y que es autosuficiente.

En el quehacer médico, esto constituye la verdadera forma del éxito: se trata de un suprimirse a sí mismo y de volverse prescindible.

...Así como, en la vivencia del balance, el esfuerzo se centra – paradójicamente– en reducir fuerzas para permitir que el equilibrio se imponga por sí mismo, del mismo modo, el esfuerzo del médico procura que la naturaleza se imponga por sí misma.⁹

I Del porqué el médico debe hablar y escribir bien

Si quisiéramos recapitular lo hasta aquí dicho por Gadamer bien podríamos expresarlo con la siguiente idea: la medicina moderna no deber ser comprendida desde las deslumbrantes ofertas de la técnica, sino desde la hermenéutica. A la luz de esta consideración es que brilla en todo su esplendor el bello y discutido pasaje del *Fedro* 270b (único diálogo socrático que se desarrolla a campo abierto, en un bello paraje que maravilla al ciudadano Sócrates) en el que Platón establece un paralelo entre el auténtico arte de la oratoria y la *techné iatriké*. En ambas

fue parte del móvil de su filosofía hermenéutica, por supuesto, junto con otros pensadores. Cf. *Verdad y método II*, 17, 106. Si se quiere ahondar en el trabajo de Weizsäcker Cf., *Médico y enfermo*, T5, 1941; *El círculo de la forma. Teoría de la unidad de la percepción y el movimiento*, Morata, Madrid 1962; *Patosofía*, Traducción de Dorrit Bush, Editorial Libros del Zorzal, Buenos Aires 2005.

⁸ Gadamer, AAC, 48.

⁹ Gadamer, AAC, 51.

artes es requisito sine qua non entender su naturaleza, esto quiere decir: la de la mente, en un caso, y la del cuerpo, en el otro. Con precisión gadameriana:

Así como es un requisito saber qué medicamentos y qué alimentación es preciso proporcionarle al cuerpo para brindarle salud y fuerzas, del mismo modo hay que saber qué discursos y qué fundamentaciones legales hay que brindarle a la mente para lograr la verdadera convicción y el auténtico ser (*areté*).¹⁰

Sin lugar a duda, debemos a Sócrates la enseñanza de que para ganar comprensión holística tanto en la medicina como en la retórica, es preciso conocer las dos naturalezas, la de cuerpo y alma.

La verdadera retórica artística, promovida aquí por Sócrates, se asemeja al verdadero arte de curar por cuanto debe conocer la variada esencia de la mente en la cual ha de implantar las convicciones así como la variedad de los discursos que se adaptan a cada estado de la mente. Esta es la analogía que se extrae de esta visión del quehacer y de la habilidad médicas. El verdadero arte de curar –que abarca tanto el auténtico conocimiento como la habilidad– requiere, pues, conocer por separado cuál es el estado del organismo en cada caso y qué corresponde hacer en este estado.¹¹

Todas las artes grandes e importantes necesitan de los beneficios de la facilidad de la palabra y de la visión holística. Pero, también, sabemos que un orador no se ocupa de la verdad, sólo le interesa persuadir. Entonces, ¿qué hacemos con aquello de que pronunciar discursos adecuados solo lo puede hacer aquel que ha reconocido la verdad?¹² ¿Cuál es el camino que lleva a la verdad? El hermeneuta germano responde: “el camino de la verdad es la conversación.”¹³

No hay verdadero discurso sin conocimiento previo de la verdad; quién no reconoce la verdad, sino que capta y enreda en apariencias, tiene, por decir lo menos, una carencia de genio ridícula del arte del discurso, en lugar de tener el verdadero y legítimo arte retórica. Por

¹⁰ Gadamer, AAC, 54.

¹¹ Gadamer, AAC, 54.

¹² Cf., Gadamer, AAC, 55.

¹³ Gadamer, VM II, “La incapacidad para el diálogo”, 206.

esta ceguera, quizá no deba extrañar que no sea vergonzoso en sí el hecho de hablar o de escribir. Pero lo que sí es vergonzoso, afirma lapidariamente Sócrates, es hacerlo mal (*Fedro* 259d). El lenguaje hablado, del cual la escritura es imagen, representación, acompaña al conocimiento, está escrito en el alma de quien lo aprende y lo practica. Este es el legítimo *logos*, sabio y prudente, sabe con quién y cuándo hablar o callarse (*Fedro* 276a). Por eso, el verdadero médico, aquél que ejerce el auténtico arte de curar, como el legítimo orador, por medio de la comprensión y la conciencia hermenéutica ve la totalidad de la naturaleza y encuentra la palabra adecuada y la mejor forma de ver más allá de los protocolos, procedimientos y saberes de la ciencia médica. No hay comprensión sin palabra, comprender es un fenómeno referido a la historia del *ethos* del hombre; claro es, no referido a la morada del mundo moderno tecnificado y dominado por la informática, sino orientado a la *praxis* humana de sana convivencia y de comunicación dialógica, es decir, al cultivo del *ethos* hermenéutico.

La clave de reflexión holística de Platón enseña que el *logos* sobre la ciudad justa, sana, sólo puede darse desde el movimiento reconstructivo y consciente de las partes constitutivas de la *polis* desajustada, pero ésta dinámica es inabarcable. La ciudad enferma es la que tenemos, el ahora, la ciudad que crece día a día y nunca satisface sus impulsos y necesidades. Al crecer en todo orden, la ciudad está mediatizada por la indeterminación de su desequilibrada dinámica expansiva y por la necesidad de suplir la carencia de un límite que la detenga. La *polis* sana es un ideal, y en ella, por supuesto, no se necesitarían ni médicos ni abogados. Si los necesitamos, es porque estamos enfermos. Si ahora se hacen necesarios, ¡que ejerzan con legitimidad y honestidad su *techné*! Por supuesto, este llamado no es excluyente, por el contrario, como partes del todo, nos incluye a todos y cada uno en tanto y en cuanto nos corresponda. Yo el primero.